



Íconos. Revista de Ciencias Sociales
ISSN: 1390-1249
revistaiconos@flacso.org.ec
Facultad Latinoamericana de Ciencias
Sociales
Ecuador

Hurtado Arroba, Edison
"Lo que pasó en Ciespal" Apuntes etnográficos sobre el poder, los medios y los sin-sentidos de la
violencia
Íconos. Revista de Ciencias Sociales, núm. 23, septiembre, 2005, pp. 63-82
Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales
Quito, Ecuador

Disponible en: <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=50902308>

- Cómo citar el artículo
- Número completo
- Más información del artículo
- Página de la revista en redalyc.org

redalyc.org

Sistema de Información Científica
Red de Revistas Científicas de América Latina, el Caribe, España y Portugal
Proyecto académico sin fines de lucro, desarrollado bajo la iniciativa de acceso abierto

“Lo que pasó en Ciespal” Apuntes etnográficos sobre el poder, los medios y los sin-sentidos de la violencia

Edison Hurtado Arroba
Editor de Íconos, Flacso-Ecuador

Email: ehurtado@flacso.org.ec

Fecha de recepción: junio 2005

Fecha de aceptación y versión final: agosto 2005

Resumen

A partir de un trabajo etnográfico, el artículo presenta una lectura política de los acontecimientos ocurridos en Ciespal el 20 de abril de 2005, día de la caída del gobierno de Lucio Gutiérrez. Frente al cúmulo de representaciones y estigmatizaciones que se han tejido, y que tienen que ver con una lucha política por definir la situación, el texto reconstruye tres perspectivas paralelas: a) una institucional en donde el poder se reacomoda, b) una del sinsentido, donde la violencia se estigmatiza, y c) una fenomenológica, donde los actores se guían por una lógica de la práctica. El argumento central se construye a partir de la relación entre violencia y política: explica que las actitudes violentas de los manifestantes, lejos de ser irracionales o caóticas, como las ha visto la prensa, estuvieron cargadas de una racionalidad práctico-moral, una profunda indignación de la población contra los políticos. Concluye, retomando a Benjamin, en un intento por entender los sentidos de la violencia política, tanto de aquella que desde el orden busca conservarse, como de aquella que desde el desenfreno (“fuera todos”) presenta atisbos potenciales de un cambio político sustantivo.

Palabras clave: violencia, etnografía, indignación moral, acción colectiva, cultura política, medios, Ciespal

Abstract

Based on ethnography, the article presents a political approach to the events occurred in Ciespal on April 20, 2005, the day of Lucio Gutierrez overthrow. Opposed to representations and stigmatizations that have been woven into the political fight, the text constructs three parallel perspectives: a) an institutional one, in which power is re-established, b) one of the non-sense, in which violence is stigmatized, and c) a phenomenological one, in which actors guide themselves by a logic of practice. The central argument is built from the relation between violence and politics: it explains that violent attitudes against politicians, far from being irrational or chaotic, as some media has put it, were loaded of a practical-moral rationality expressed in the indignation of population against politicians. Following Benjamin, it concludes in an attempt to understand the senses of the political violence: that violence of the order that tries to conserve itself, and that violence of the demonstrators that displays slightly signs of a substantive political change.

Keywords: Violence, Ethnography, Moral Indignation, Collective Action, Political Culture, Mass Media, Ciespal



El miércoles 20 de abril tuvo lugar el último acto de la caída del gobierno de Lucio Gutiérrez. El toque final, desde la perspectiva del juego democrático, lo dieron los diputados reunidos en el auditorio de Ciespal (Centro Internacional de Estudios Superiores de Comunicación para América Latina)¹. En una apurada sesión, 60 de 62 diputados presentes declararon el abandono del cargo de Lucio Gutiérrez como presidente constitucional y, “como dice la ley”, proce-

dieron a posesionar como primer mandatario al vicepresidente Alfredo Palacio. Sin embargo, “lo que pasó en Ciespal”² fue mucho más que un relanzamiento institucional de la democracia. Un poco antes de que Palacio pueda terminar su discurso de posesión, un grupo de manifestantes entró a la fuerza en el recinto. Habían pasado del “fuera Lucio” al “fuera todos”. Ambas, consignas que se habían construido a lo largo del ciclo de protestas sociales que se vivía desde diciembre³. Quienes entraron al edificio de Ciespal querían emprender una depuración, sanear al

1 Habrá quienes dirán que ese “toque” lo dieron los militares al “retirarle” su apoyo. Otros dirán que Gutiérrez cayó porque “la embajada” (de los Estados Unidos) “ya no lo pudo sostener”. Lecturas un tanto más sociológicas se enfocarán en un ciclo de protestas que habría comenzado en diciembre de 2004 y que terminó ese miércoles de abril. Algunos politólogos dirán que Gutiérrez estaba caído desde que se posesionó y encontrarán en su fragilidad política las causas de su progresivo deterioro en el poder; y con ésta caída contarán tres en menos de una década.

2 Retomo la frase a partir de un lugar común que ha construido la prensa para referirse a los hechos de esta tarde y noche. Me percaté por primera vez de la frase por la recurrencia con la que el programa de televisión *Día a Día* de Teleamazonas la utilizó en un programa “especial” (domingo 01.05.05, 20h30). Ver, también, “¿Qué sucedió en Ciespal?”, reportaje de *La Televisión*, Ecuavisa, 29.05.05 (www.tvecuador.com), “Hechos de Ciespal, inexplicables: Espinosa”, *Hoy*, 28.04.05.

país de los políticos corruptos, y querían comenzar, precisamente, con la renuncia de los diputados.

Lo que pasó después, a lo largo de la tarde y noche de ese miércoles, ha sido objeto de múltiples interpretaciones que, considero, constituyen o un déficit o una sobrecarga de sentido. Una superposición de múltiples hechos crean un agujero negro, tan vacío como cargado de significados y posibles interpretaciones: los actos de violencia y vandalismo que cometieron los manifestantes, el “secuestro” de Palacio en el edificio a expensas de –según la prensa– “una horda, una turba, una masa”, la desprotección policial y militar de Palacio que duró varias horas (el presidente no pudo abandonar el edificio sino hasta entrada la noche)⁴, el rumor de golpe de estado que se habría fraguado durante ese vacío de poder, las (reales) motivaciones y objetivos de la gente que estuvo ahí (los “verdaderos forajidos”, los “infiltrados”, el comandante de policía Marco Cuvero, los “mandos medios militares” como el coronel Servio Samaniego, etc.), y el papel de quienes sin estar, estuvieron (desde el periodista de radio La Luna Paco Velasco o el líder del PSC León Febres Cordero, a quienes Palacio llamó a pedir ayuda⁵, hasta los altos mandos policiales y militares que monitoreaban la situación a través de celulares), todos ellos, son –entre otros– even-

tos de una volátil disputa de sentidos, actos con interpretaciones múltiples, con decodificaciones diversas.

Con el ánimo de encontrar unas mínimas –no exhaustivas– coordinadas interpretativas dentro de este denso cúmulo de sentidos, en este artículo planteo que los acontecimientos de abril en Ciespal pueden ser vistos desde, al menos, tres ópticas:

- a) como espacio (institucional) de resolución de la crisis política, lugar donde toma cuerpo el reacomodo del poder,
- b) como espacio del sinsentido, de la anarquía, del caos, de la violencia, donde los actores y las circunstancias sólo pueden aprehenderse a través de la frase “lo que pasó en Ciespal” (el discurso de los medios, por ejemplo), y
- c) como espacio de lo fenomenológico, de lo que pasó en Ciespal, sin comillas, cuando personas concretas acudieron a un lugar persiguiendo varios y diversos objetivos: ya sea “el hueveo” como dicen Hugo y Bruno, (utilizo seudónimos) dos de mis entrevistados, festejar la caída de Gutiérrez, pedir la renuncia a los diputados (y de paso golpearles, insultarles, vejarles), robar en medio de la confusión, “quemarles así como quemamos el Ministerio [de Bienestar Social]”, sondear las condiciones para un golpe de estado, “proteger la casa” como dice una funcionaria de Ciespal o, como en el caso de Mauricio Gándara (hoy ministro de gobierno de Palacio) que fue de los primeros en llegar, darle su respaldo a Palacio y confirmar su interés de ser parte del nuevo gobierno.

Al plantear estas tres perspectivas, mi interés es tomar “lo que pasó en Ciespal” como un evento que condensa significaciones (Geertz 1997), un pretexto para activar narrativas sobre la protesta (Polletta 1998, Auyero 2000 y

3 Rebase los límites de este artículo una sistematización exhaustiva del escenario de crisis en el que tuvo lugar la acción colectiva contenciosa denominada “la revuelta de los forajidos”. Para el efecto, consúltese entre otros, los artículos que aparecen en este número de *Íconos*, “El abril de los forajidos”, *Hoy*, mayo 2005, “La revuelta de los forajidos”, *El Comercio*, 24.04.05, Ramírez (2005). “Forajido” fue el calificativo que usó Gutiérrez para descalificar a quienes comenzaron a protestar frente a su casa particular una semana antes de *lo de Ciespal*. Los manifestantes se apropiaron de la palabra y la resignificaron como factor aglutinante contra Gutiérrez (“yo también soy forajido”).

4 “El poder desamparado”, editorial de Enrique Valle, *Hoy*, 04.05.05.

5 “Rómulo López: ‘querían matar al presidente’”, *Hoy*, 26.04.05.

2004), un corpus de producción y disputas de sentido sobre la política (López-Maya 2004). No pretendo, por tanto, “aclarar” los hechos, ni presentar una versión más real o más verdadera que otras (por demás, tareas imposibles). Busco entender las formas en las que la lucha política continúa en el campo de las representaciones. Guía mi reflexión la idea de que “de-finir”, decantar, lo que pasó en Ciespal es un proceso sujeto al cruce de relaciones de poder⁶. Así, me llama la atención la forma en la que tanto algunos actores políticos que hacen parte del *status quo* como algunos medios de comunicación (tal vez, la mayoría), han producido un sinfín de voces, interpretaciones, códigos, etc., con el ánimo, considero, de imponer un conjunto de representaciones sobre lo legítimo y lo ilegítimo, lo apropiado y lo impropio, lo que se tomará en cuenta y lo que se excluirá-estigmatizará, etc. Y me parece que el nudo semántico más tupido y prolífico tiene que ver con el trato que se da a la violencia producida en Ciespal por unos actores beligerantes en extremo: los definidos como infiltrados. Lo que se podría definir como el sentido común forjado en/por los discursos dominantes, prefigura un ámbito de lo posible en donde la violencia debe ser excluida. El orden social civilizado -según este lugar común- estaría representado por los “verdaderos forajidos”, gente pacífica que protesta “legítimamente” contra los diputados, los políticos, pero sin causar destrozos, sin golpearlos (“casi” sin alterar el orden). Se trata de un intento por pasteurizar la imagen de los forajidos de abril excluyendo a sus expresiones más críticas y radicales. Este texto apunta, entonces, a presentar una lectura po-

lítica de los hechos para entender aquel discurso del orden que, al intentar exorcizar la violencia, separa los “infiltrados” de los “verdaderos forajidos” y, bajo esta argucia, busca anular o, al menos, no llega a comprender, los profundos contenidos políticos condensados en las actitudes violentas de quienes atacaron a los diputados en Ciespal. Es sobre este eje alrededor del cual gira este ensayo. Aclaro que mi recolección de información se enfocó hacia allá; otros temas, en especial las estrategias que en el lugar desplegaron quienes querían promover un golpe de estado, ya sean grupos políticos organizados de distinta índole o militares insurrectos⁷, no son abordados aquí con la minuciosidad que requieren.

Para escribir este artículo me he valido de entrevistas *in situ* y *a posteriori* a personas que estuvieron ese día en Ciespal, de mis propios apuntes, ya que fui testigo presencial (observador-participante), y de una revisión de la prensa televisiva y escrita. También he utilizado fotografías tomadas por diversos manifestantes presentes, las grabaciones (imágenes y entrevistas) que realizaron dos camarógrafos y un periodista de Ciespal a lo largo de todo ese miércoles, y las que -ese mismo día- recogimos en audio junto a Sebastián Mantilla, un amigo antropólogo, en un intento -sin mayores pretensiones- de hacer etnografía de la protesta.

El último acto

A ese 20 de abril el país llegó convulsionado. Las relaciones de fuerza entre los políticos se habían exacerbado a tal punto que el consabido, democrático y saludable par gobierno-oposición había dado paso al más efervescente par amigo a defender-enemigo al que des-

6 “Uno de los factores fundamentales de las luchas políticas, tanto a escala de los intercambios cotidianos como a escala global, consiste en la capacidad de imponer unos principios de visión del mundo, de hacer llevar unos lentes que hagan que la gente vea el mundo según unas divisiones determinadas” (Bourdieu 1996:29).

7 Sobre el recurrente proyecto político de los militares en el Ecuador, ver el artículo de Bertha García en este número de *Íconos*. Como insumo para futuros análisis, adjunto como anexo un recuadro que recoge la intervención del coronel Servio Samaniego en Ciespal.

truir. El punto más álgido: la disputa que desde diciembre se había activado en torno al control de la Corte Suprema de Justicia. Durante casi 5 meses los partidos políticos alimentaron actitudes de lo que en el medio se conoce como “canibalismo político”. Las alianzas de momento a las que había recurrido el gobierno le pasaban factura: el PRE quería a Bucaram de vuelta (y varios sectores sociales y políticos mostraban su descontento); el PRIAN, el MPD y “los independientes” (diputados comprados a cambio de cargos públicos, dinero o prebendas) no se cansaban de desangrar al gobierno⁸. La oposición, entre otras formas de acción, mostró su poder en las calles: recordemos las marchas de Quito -promovidas por la ID y otros actores locales- y de Guayaquil bajo la venia del PSC.

La semana previa se había activado el dispositivo forajido, la revuelta que concentró inicialmente a personas de clase media y media-alta en la tribuna de la avenida de los Shyris en Quito, luego de una convocatoria a través de radio La Luna. Día tras días las autoconvocatorias ciudadanas fueron ganando en espesor y efectividad hasta que contribuyeron a minar las bases del régimen. Sin embargo, la de los forajidos fue una revuelta que rebasó los límites del conflicto fijados por los políticos. La protesta se enmarcó en la indignación general sobre el manejo maniqueo, corrupto e interesado del poder por parte de la clase política dirigente. Del “fuera Lucio” -procurado por los políticos de oposición- al “fuera todos” -erigido en las calles contra todos los políticos- no había sino un paso.



En ese escenario, ese miércoles de abril fue el día de la lucha final: el primo de Gutiérrez, Renán Borbúa, y el subsecretario de bienestar social, Bolívar González, organizaron la llegada a Quito de las huestes gutierristas, gente que apoyaba al gobierno y que había sido reclutada de forma clientelar en diversas provincias del país. La gente de Quito, en cambio, organizaba un tanto espontáneamente la “defensa de la ciudad” y bloqueaba rutas, bajaba llantas, lanzaba piedras. La política contenciosa de los manifestantes, “los forajidos”, limitó las intenciones del gobierno de crear fuerzas de choque a su favor. El episodio más violento se vivió en el edificio del Ministerio de Bienestar Social (MBS), donde seguidores del régimen -apoyados por la policía- dispararon a la población civil. Una vez que los “forajidos” se tomaron ese edificio, lo destruyeron, le prendieron fuego, golpearon a los gutierristas. Muchos de los victoriosos manifestantes que se tomaron este edificio fueron luego a Ciespal, en búsqueda de los diputados a quienes se veía (junto a Gutiérrez) como responsables de la recurrente crisis política y, más aún, como protagonistas de una larga historia de corrupción y manejo maniqueo del poder.

8 El gobierno había sido muy hábil al mantener una mayoría en el Congreso hasta ese momento. La balanza se inclinó a favor de la oposición sólo luego que dos diputados otrora aliados -Carlos Vallejo y Marco Proaño, del PRIAN y el PRE respectivamente- cambiaron de bando, arriesgando perder el apoyo de sus partidos. Con ellos en contra, en una maniobra oportunista, un grupo de los “independientes” también le dio la espalda al gobierno.

Edison Hurtado Arroba

Simulacro democrático, reacomodo

“Era como ver la tele” dice Manuela, una estudiante de bachillerato que fue de las primeras en entrar al auditorio de Ciespal, cuando se refiere a cómo presenció la posesión del presidente Palacio:

“Estaban ahí toditos, sentados. Estaban las cámaras. Y la Cynthia Viteri [diputada que presidió la sesión y posesionó a Palacio] con una corbata, super seria, y leía la resolución. Y Palacio levantaba la mano como saludando así, como que estuviera en el estadio. Y los guardaespaldas. Era como decirle ‘bueno, aquí está, te posesionamos, todo listo, *borra y va de nuevo*’. Había mucha gente, pero ese rato se quedaron callados, tu sabes, *por la ceremonia*” [énfasis agregado]

Marco, un joven empresario que salió a protestar “sólo un par de días, porque el trabajo no me deja mucho tiempo”, también recuerda su llegada a Ciespal:

“Veníamos de la Plaza Grande. Cuando llegué, los diputados se abrazaban entre ellos. Gritaban: ‘Y donde está, que no se ve, el cachetón del coronel’, y algunos nos aplaudían y nos decían: ‘bien, bien, ya le botamos’. Ahí fue cuando me enojé y les grité: ‘No vale. Debían votar por la disolución de la Corte [la Corte de Justicia armada a la medida de sus objetivos por Gutiérrez y Bucaram] hace meses. Ahora no vengan a hacerse los héroes. Ustedes también fuera.’”

Los relatos de Manuela y Marco ilustran dos momentos de un mismo acto. Por un lado, la solemnidad teatral con la que los políticos, actores visibles del poder, encarnan su rol; la ritualidad, aunque sea al apuro, con la que “debe” posesionarse un presidente. Todo tiene que estar dispuesto -retomando la idea de Manuela- como para que salga en la tele, como para conjurar un ritual, para consumir un *performance*.

Por otro lado, tal como lo percibe Marco, el acto de posesión de Palacio condensa un



reacomodo de las fuerzas políticas. Tomaría demasiado espacio anotar y analizar el sinnúmero de reveladores diálogos y decidoras imágenes que captaron las cámaras de Ciespal durante ese día, antes y durante la posesión de Palacio. Entre los diálogos, por ejemplo, vemos a un muy esmerado diputado democristiano que organiza la sesión: “Nada de discursos largos. Nada de confrontaciones entre nosotros. Todo rápido, ¿ok?” les dice a un grupo de diputados que lo escuchan atentamente. “Yo tengo ya redactada la resolución para destituir a Gutiérrez”, agrega antes de subir la voz: “¿y qué fue la lista?”. Otro diputado, uno de los que inclinaba la balanza ese día (léase: que horas antes estaba a favor del gobierno), estaba a tono con la diligencia del momento: “primero [nombramos] un director de la sesión, luego destitución de Quintana [el presidente del Congreso], nombramos un vicepresidente y de ahí directo a lo de Gutiérrez”. Entre las imágenes podemos ver a una diputada socialcristiana que habla, al mismo tiempo, por dos celulares, mientras otros dos timbran y timbran frente a ella. “Por eso le filmé”, me cuenta el camarógrafo de Ciespal. Otros diputados, sin tanta prolijidad, hablan por un sólo celular, pero cubriendo su boca con la mano.

Estos pequeños actos, entre muchos otros que valdría entenderlos a la luz de la complejidad semántica de los guiños de ojo de los que nos habla Geertz (1997), revelan el instante (o los instantes) en el que un nuevo equilibrio de fuerzas toma lugar en la política ecuatoriana: el reacomodo de fuerzas, el nuevo reparto. Al respecto, vale recordar que lo primero que hicieron los diputados luego de la crisis fue nombrar nuevos miembros del Tribunal Electoral (que antes lo controlaban los aliados de Gutiérrez) y, además, expulsar a los diputados que apoyaron al gobierno rompiendo -esa fue la justificación legal que encontraron ese momento- “la disciplina partidista” consagrada en el Código de Ética del Congreso⁹.

Este primer punto está bastante claro: en Ciespal se vivió un ritual de restauración del juego democrático (la posesión de Palacio) que, en el fondo, únicamente reacomoda las fuerzas existentes; una especie de conjuro ampliamente legitimado por la dinámica de acción colectiva que se vivía en las calles de Quito, pero signado por la enseñanza del Gatopardo: cambiar algo, para que todo quede igual.

El plató mediático

Durante toda la tarde así como en las semanas posteriores a ese miércoles, la prensa escrita (periódicos y revistas) fue muy prolífica en producir noticias, recoger relatos, presentar versiones¹⁰. La televisión, por su lado, transmitió en vivo y, luego, produjo una serie de

“especiales” (*Día a Día*, *La TV*¹¹, *Ecuavisa*, *Teleamazonas*). En tanto evento mediático, lo que pasó en Ciespal vio así incrementada súbitamente la circulación de imágenes y representaciones sobre la política, la legitimidad de la protesta, la violencia, el potencial golpe de estado, etc.¹² Quisiera proponer una lectura exploratoria respecto al tratamiento mediático sobre los hechos en Ciespal ese miércoles (aquí sigo a Farinetti 2000 y a Aguiló 2004). Así, me parece que habrían dos ejes en torno a los que los medios articulan sus narraciones; ambos buscan descifrar algo que aparece poco inteligible, algo que es menester aclarar: el primero se centra en la violencia (y sobre todo, en su espectacularización); y el segundo en el papel pasivo de la fuerza pública ante el desborde de los manifestantes.

“Infiltrados”

En el primer eje, la beligerancia de los actores es vista como irracional, fuera de orden, excesiva. Los protagonistas de esta narrativa se dividen entre víctimas y victimarios. Sobre los primeros se tiende un velo de proximidad: son llamados por sus nombres; si bien forman grupos (los diputados o los periodistas) también son presentados de forma identificable y hasta en singular (el diputado tal, el reportero tal). Sobre los victimarios, en cambio, prima un difuso plural que los presenta sólo como colectivo: son seres de la masa, la horda,

20.04.05; “Confusión y caos reinan en capital ecuatoriana”, *Prensa Latina*, México, 20.04.05)

9 “Depuración a medias y a dedo”, *La Hora*, 27.04.05.

10 Para el análisis he recopilado todo lo publicado sobre Ciespal desde esa fecha hasta junio 2005, en los periódicos *Hoy*, *La Hora*, *El Mercurio*, *El Universo*, *El Comercio*, *Ecuadorinmediato* y *Tintají*. También he tomado en cuenta las revistas *Vistazo* y *Sobo*. Durante esa tarde y noche, las versiones *on line* de los periódicos nacionales e internacionales no perdieron la pista a los eventos (“19h15: Palacio rodeado en sótano de Ciespal”, “19h43: Palacio habría salido de Ciespal”, *El Comercio*, *on line*, 20.04.05; “Nuevo presidente ‘secuestrado’ por manifestantes”, *El Mercurio*, *on line*,

11 “¿Qué sucedió en Ciespal?”, reportaje televisivo de *La Televisión*, Ecuavisa, 29.05.05 (disponible en: www.tvecuador.com)

12 Según Sáez (2005) habrían tres procesos por los que los medios influyen en las audiencias: el de tematización (*setting*) que remite a la jerarquización de lo más importante; el de primacía (*priming*), según el cual la argumentación de los medios es tomada como propia por las audiencias; y el de encuadre (*framing*): el tratamiento que los medios dan a un tema influye en la decodificación que de él hace la audiencia (cf. Hall 1980, Cerbino 2005, León 1994, Aguiló 2004).

Edison Hurtado Arroba

la turba; no tienen historias particulares; son un ente múltiple, vago, impreciso. Constituyen un “otro”, distinto, lejano¹³. Usualmente llamados “infiltrados”, los victimarios son presentados como llenos de pasiones, irracionales, lujuriosos, marginales (drogadictos). En este primer eje sobre el que se asienta el discurso mediático, prima la descripción (en algunos casos, cronológica) y el relato de los hechos de esa tarde, narrados desde una posición normativa sobre lo aceptable y lo inaceptable. Veamos, por ejemplo, cómo presenta los hechos un periódico de Quito:

“Bajo la consigna ‘¡Fuera todos!’, decenas de personas ingresaron el miércoles al edificio de Ciespal para buscar a los diputados que, en horas de la mañana, sesionaron en el lugar. El hecho puso a correr a legisladores, periodistas, asesores y al propio presidente Palacio. La turba no sólo estaba integrada por ‘forajidos’ sino por delincuentes que, a punta de palos, piedras e, incluso, armas cortopunzantes, llegaron al lugar, que se convirtió en un campo de batalla. Empujones, gritos, ‘palazos’... fue el método que *esa gente* usó para romper puertas, techo y ventanas, en busca de su objetivo” [énfasis agregado]¹⁴

En algunas variaciones, “esa gente” toma el rostro de “infiltrados”. En estos casos, se especula que “seguían un libreto”, que tendían un objetivo deleznable (reinstalar a Gutiérrez en el poder, matar a Palacio...):

“Hay que condenar la brutal presión de la que fueron objeto [los diputados] en Ciespal, no por los ‘forajidos’ que lucharon en las calles contra el ‘dictócrata’ [desafortunada autodenominación del propio Gutiérrez], sino por infiltrados que siguieron un libreto que tenía por finalidad regresar al coronel a Carondelet”¹⁵

“La vida del presidente de la República, Alfredo Palacio, estuvo en riesgo, al ser perseguido por 200 mercenarios para asesinarlo, quienes habrían sido contratados por el directivo de Sociedad Patriótica, Renán Borbúa. Así lo reveló Rómulo López, quien acompañó al jefe de Estado, el miércoles anterior, luego de que se posesionó en Ciespal, ante el Congreso, que escogió como sede ese lugar”¹⁶

En esta lectura mediática, no cabe concebir a los forajidos como violentos. A “esa gente”, los infiltrados, no se le atribuye una capacidad de indignación moral sobre la política. Los forajidos violentos no son forajidos. La regla que impone este relato parece simple, sin embargo, es muy efectiva a la hora de construir una línea divisoria entre quienes calzan en el ámbito de los posibles, y aquellos que “al comportarse así” deben ser excluidos del orden social civilizado.

Por otro lado, para construir su relato, algunos medios se apoyan en testimonios. Quienes dan testimonio no son, en ningún caso, los victimarios. Quienes tienen derecho a expresarse son los “testigos” o las “víctimas” de la violencia de la turba; los otros, ese otro difuso, anónimo y violento, está presente en los relatos, pero no por su propia voz, lo que permite que sobre él se cuelen un conjunto de estigmatizaciones¹⁷. Un periódico de Cuenca recoge así el testimonio de dos diputados (testigos-víctimas):

“El diputado de la DP, Ramiro Rivera, dijo que los responsables de los hechos violentos registrados en Ciespal el pasado 20 de abril, son la denominada banda de ‘Cero Corrupción’ [grupo de choque creado por partidarios de Gutiérrez] y del Movimiento Popular Democrático que estuvo junto al Gobierno y lue-

13 Sobre la política de representación que, en un entorno de violencia, identifica a los cercanos, los “nuestros”, y des-identifica al otro, al “enemigo”, ver Judith Butler (2003).

14 “Ladrones se colaron en toma de Ciespal”, *Hoy*, 22.04.05

15 “Diputados, pudo más el populismo”, editorial de Thalia Flores, *Hoy*, 14.07.05.

16 “Rómulo López: ‘querían matar al presidente’”, *Hoy*, 26.04.05.

17 Estigma, dice Goffman (2003), es un atributo de la persona que lo diferencia de los demás y que lo convierte en menos apreciable. Puede ser corporal o social (de su personalidad) pero siempre se basará en un juicio social y moral de lo aceptable.



go pretendió señalar que habrían participado en su caída. Según Rivera, la *turba de maleantes* estuvo drogada y armada de palos, machetes, que se infiltró con la juventud de los forajidos que gritaban ahí ‘no más violencia’ y acusó a Renán Borbúa y Bolívar González de ser quienes trajeron a las *bordas* para defender al coronel, Lucio Gutiérrez. Mientras el diputado de la ID, Andrés Páez, sostiene que el presidente, Alfredo Palacio, sí estuvo en peligro de ser asesinado, afirmando que en Ciespal estuvo *gente embriagada, con puñal en mano*, los mismos que *asaltaron a los forajidos*, a diputados y a la gente que esta cerca, que salieron sin celular, sin billeteras; chicas que fueron quitadas sus carteras, los aretes, lo anillos; habían personas que se entraron a las oficinas a sacarse los ceniceros, las computadoras, los cuadros de las paredes, los libros. En un momento, sostuvo el legislador, *hubo la intención de matar al presidente Palacio*, ‘sólo los que estuvimos dentro podemos visualizar el *salvajismo* con el que se expresaba *cierta gente*, la violencia que utilizaba esta elucubraba su propósito de

ir a delinquir al interior de Ciespal’. Recordó que los *delincuentes infiltrados en la protesta cívica de los forajidos*, con botella en mano rompieron la cabeza de los diputados: Cinthya Viteri, Carlos Vallejo, Luis Fernando Torres, Patricio Dávila, Miriam Garcés, Ana Lucía Cevallos, Miguel López, este último legislador estuvo a punto de ser lanzado desde el segundo piso de Ciespal” [énfasis agregado]¹⁸

El poder desamparado

En el segundo eje, el referido a lo que hicieron y, sobre todo, a lo que dejaron de hacer la policía y las fuerzas armadas aquella tarde, los medios lanzan una cacería informativa. Siguen los hechos, manejan hipótesis, exigen transparencia. Sobre todo, especulan (tal vez, con razón) sobre un potencial golpe de esta-

18 “Hubo intento de golpe de estado militar. A eso se debe la separación del coronel Servio Samaniego”, *El Mercurio*, 01.05.05.

do. Más en detalle, los medios se preocupan -mayormente- por explicar dos hechos paralelos: a) por qué la policía o la milicia no tuvo la violencia de los manifestantes¹⁹ y b) por qué no protegió o rescató a Palacio²⁰. Al respecto, han realizado tanto la cobertura de “las investigaciones legales procedentes” (que tienen como principal escenario al Congreso y a la Fiscalía de la Nación)²¹, como la condena de las pretensiones ocultas de “militares y otros grupos de poder” por crear un escenario de caos y pescar a río revuelto²². En ambos casos, la preocupación de los medios gira en torno al paréntesis que esa tarde sufrió el weberiano monopolio legítimo de la violencia. Casi la totalidad de mis entrevistados también coinciden en que la policía no hacía nada y en que los militares estaban, pero no actuaban.

El punto más alto de esta narrativa se deja ver a propósito de la presencia de un coronel en servicio activo (Servio Samaniego) que increpa a los presentes a no reconocer a Palacio. Si las fuerzas armadas mostraron recurrentemente su politización en las últimas tres caídas, éste fue -junto a la participación del coronel Gutiérrez en el 21 de enero- el momento de menor hipocresía (ver ANEXO).

Tanto en la estigmatización de los violentos, como en la inquisición sobre la inacción de la fuerza pública, prima en los medios un

discurso del orden. Para los medios que aquí he analizado, al menos eso es lo que pudo leer en el conjunto de notas de prensa y en los pocos pero decisivos minutos de video, la violencia es un problema a conjurar, a contener, a exorcizar, a través de una narrativa sobre el caos y la anarquía. Toda violencia por fuera de los cánones impuestos por el *status quo* será estigmatizada, penada moralmente, sancionada como extrema. Al reproducir el discurso dominante sobre la violencia legítima, los medios muestran su articulación con el poder.

¡Fuera todos! Violencia e indignación moral²³

Comienzo esta sección con un el relato de Hugo, un joven que fue a Ciespal aquella tarde y encontró -como tantos otros- un *aquí* y un *ahora* propicios para mostrar su rechazo y su ira hacia los diputados:

“Era como estar en el estadio y que al frente estaban los dirigentes de la barra contraria²⁴. Era tenaz. Ahí me topo con la Mónica [seudónimo], que como te explicaba era del grupo este del Gándara y del Cordovés, de [la organización] Ciudadanos por la Democracia, y me pasa el megáfono y me dice ‘tranquilízales, tranquilízales’. Cogí el megáfono. Y yo nada de querer tranquilizar a nadie. Aquí les voy a hostigar. ‘Perdóname Mónica, pero ahora me voy a dar gusto’. En la oficina que te digo, que era en el primer piso alto era donde creíamos que estaban los diputados, y yo comencé: ‘Hijueputas, ahora se mueren’. Yo no tenía la in-

19 Por ejemplo: “Ladrones se colaron en toma de Ciespal”, *Hoy*, 22.04.05; “Sodoma y Gomorra en Ciespal” *El Comercio*, 26.04.05; “Nos estuvieron pegando hasta que un pelotón de la Policía entró a ayudarnos”, (Jorge Marirrodriaga), *El Comercio*, 24.04.05.

20 “No fue fácil para Palacio”, “Alfredo Palacio asume y queda atrapado”, ambos en *Hoy*, 21.04.05; “Casi muere en el intento”, *Revista Vistazo*, 02.06.05; “El presidente pasó un susto en Ciespal”, *El Comercio*, 21.04.05; “Cynthia Viteri: no sabíamos dónde estaba el presidente”, *La Hora*, 23.04.05.

21 “La Fiscalía investiga desmanes en Ciespal”, *El Comercio*, 26.04.05. Al respecto, luego de los acontecimientos, tanto el Congreso como el presidente Palacio se comprometieron a pagar por los daños que sufrió el edificio, sin hacerlo hasta la fecha.

22 “Rosero y Cuvero callan por ataque en Ciespal”, reportaje de Gabriela Fajardo, *Hoy*, 27.04.05.

23 Siguiendo a E.P. Thompson (1995) entiendo por indignación moral la forma en la que un actor evalúa una situación como injusta e impropia, un acto que crea un agravio. De forma similar, Benjamin (1921) ubica el campo de la moral en relación a la justicia y al derecho entendiéndolo por éste no sólo lo legal, sino también lo legítimo.

24 Hugo es miembro de una barra de fútbol. Su descripción del evento (“era como estar en el estadio”) podría ser analizada como un momento ritual (*aggro*) de exaltación y confrontación violenta con el adversario (Hernández *et al* (2001).

tención de matarles pero era una jugada del aspecto psicológico de los manes, ¿cachas? Los manes frente a un montón de gente, una turba enardecida, totalmente resuelta a cualquier cosa... y alguien que te esté martillando el cerebro. Era jugarles la psicológica. Que sientan estos desgraciados lo que la gente puede hacerles por la irresponsabilidad, que sepan que realmente la cuestión de votar o no votar en un periodo de 6 meses por una resolución, sí hace la diferencia. Porque si ellos votaban por esa misma resolución en diciembre, cuando fue todo el despelote de la Corte y todo, todo esto no hubiera sido necesario. Ahí me quedé un rato con el megáfono y me explayé con florido vocabulario a mandarles a la puta madre.

E.H: ¿Que les decías?

‘Vos Villacís [diputado del MPD] hijo de puta, te vas a morir, ahora sí te voy a colgar de los huevos yo mismo’. Yo no sabía si él estaba ahí adentro escuchando. ‘Te voy a colgar de los huevos’. *Todo cague de risa.* Y cuando llegué al capítulo Dávila [diputado del PSC] le dije: ‘Vos Dávila, maricón, desgraciado’. Eso de ‘maricón’ no era por ser homofóbico, para nada²⁵. ‘A voz sí me voy a dar el gusto de meterle esta estaca por el culo’. Y yo no tenía ninguna estaca ni nada. ‘Voz fuiste el de la AGD, vos fuiste el atracador de este país’. Entonces hacía memoria del papel del man en la Superintendencia de Bancos en la época de Mahuad, de cómo el man se enriqueció ilícitamente: tiene 3 informes de la Comisión Anticorrupción que no dan trámite en la Fiscalía, encubrió a los deudores de la AGD mientras él estaba a cargo. Con él sí me explayé. Me seguía y me seguía acordando. Así, era una cuestión de ponerle memoria a un montón de notas y de gritarle todo en la cara. Así eran los gritos, ya un poco

en serio, no tan joda, *de la indignación que sentía*” [énfasis agregado]

Quien habla, Hugo, está muy bien informado sobre los asuntos de corrupción en los que están involucrados los diputados a los que agrede. Su actitud violenta se guía concientemente por estrategias de amedrentamiento, buscando causar unos efectos políticos y psicológicos específicos: el miedo y la lección moral, a unos sujetos perfectamente identificados/identificables²⁶. No se trata de una actitud indiscriminada e irracional de agresión. Su acto, por el contrario, está guiado por una racionalidad estratégica que se ajusta al momento específico y, más aún, está cargado de implicaciones morales (“de la indignación que sentía”), es decir, una racionalidad práctico-moral. Te busco para golpearte -parece ser la lógica-, si no lo logro, no dejaré pasar la oportunidad de darte un escarmiento (moral) recordándote *lo que eres* a través de un megáfono. La forma de su acción, el insulto y la vejación, están cargados de connotaciones sexualizadas y desmaculinizantes (“colgarte de los huevos”, “una estaca por el culo”) que merecen un análisis más detenido, el cual rebasa los límites de este artículo. Su relato, también, está envuelto de una narrativa festiva, carnavalesca (“todo cague de risa”). El cruce tiempo-espacio (aquí-ahora) producido en Ciespal no es un lugar vacío, sino uno en donde la transgresión, la inversión del orden, es posible y hasta deseable (Bataille 2002).

Es una situación límite donde las emociones operan más diligentemente (lo que los teóricos de la acción colectiva llamarían *emotions at work*, emociones en acción). Veamos,

25 En otro momento de la entrevista, Hugo explica que usa “maricón” o “hijo de puta”, “sólo como insultos”: “Yo tengo buenos amigos gays y no tengo nada contra las prostitutas. No es por ser homofóbico. Los manes después sacan un comunicado diciendo ‘queremos hacer conocer que el señor tal y tal no hace parte de la comunidad gay’ o ‘hacemos saber que el señor éste no es hijo de ninguna de nuestras trabajadoras sexuales federadas’. Es joda, ¿cachas? Cualquier cosa con tal de no tener ninguna relación *con ese hijo de puta*, sobre todo el Gutiérrez” (énfasis agregado).

26 Sobre la precisión en la ubicación de blancos con la que actúan los manifestantes indignados con los políticos, ver Auyero (2004:174-179). Este autor analiza las jornadas de protestas conocidas como el “Santiguenseño” en Argentina, en donde los manifestantes ubican e identifican con precisión a los que consideran políticos corruptos. La precisión se explica por la lógica que guía la práctica, a saber, la indignación hacia esos políticos.



por ejemplo, cómo momentos después, Hugo cuenta que, a su pesar, “no tuvo chance” de golpearles a los diputados objeto de sus insultos (Dávila y Villacís). “Ni les vi cuando salieron” concluye. “A la Cynthia sí, a ella sí casi le pego”, dice:

“Era como a la salida a la calle. Agarré una bandera y le iba a dar un palazo, pero uno de los guardaespaldas me empujó el brazo. Me quiso pegar y yo ahí con el hasta de la bandera le hacía así, así, para que no se me acerque. Imagínate si el man, un grandote, me avanza a meter un quiño. El fauleado era yo”

Si algún sentido ha de encontrarse a la violencia de quienes fueron a Ciespal dispuestos a agredir a los diputados, habrá que partir de un marco normativo-sociológico que entienda a la violencia como una relación social, como un tipo de vínculo entre actores, como una opción dentro de un ámbito de posibles,

un ámbito -por su puesto- de sociabilidad. La violencia es una relación y en tanto tal hace parte de un proceso²⁷. Ver la violencia como un conjunto de actos aislados, desligándolos de la trama de relaciones sociales en los cuales se insertan, la vuelve ininteligible y, así, proclive a ser dotada de connotaciones morales negativas (cf. Webber *et al* 2003). La lectura que sobre la violencia quisiera presentar aquí no busca contribuir al cúmulo de juicios morales que eventos como los de Ciespal ese

27 En un análisis sobre violencia en El Salvador, Philippe Bourgois (2002) retoma la “ley de la conservación de la violencia” de Bourdieu (1997) para explicar las formas en las que ésta circula entre distintos niveles (“toda violencia se paga”). Así, habla de al menos 4 formas de violencia: política (ejercida en tono represivo por el Estado u otros actores políticos), simbólica (aquella que logra definir el campo de lo real, cf. Bourdieu 1997:217-276), cotidiana (interpersonal, cf. Scheper-Hughes 1992) y estructural (aquella que crea segregación social y económica, cf. Tilly 2004).

20 de abril suscitan. No quiero hacer una oda de lo virtuoso del pueblo insurrecto que derrocó al “dictócrata”. Tampoco quiero hacer una apología legitimadora de los actos de violencia que se suscitaron en Ciespal (y más gravemente en el MBS) o en diversos puntos de confrontación entre los *a favor* y los *en contra* de Gutiérrez. Tampoco, y esto tal vez deba subrayarse, es mi intención reproducir una pornografía de la violencia²⁸, como llama Bourgois (2002) al hecho de que la etnografía de la violencia supone un acercamiento *emic* a las dotaciones de sentido de los perpetradores, y no sólo una mirada *etic* a partir de las historias de las víctimas o de alguna de concepción dominante sobre el orden civilizado (cf. Rodgers 2001). A partir del caso de Ciespal, encuentro más útil en términos analíticos plantear elementos de juicio para entender cómo y por qué la gente actúa violentamente en situaciones específicas. Mi interés es desentrañar la lógica de la práctica a través de entender el contexto en el que tiene lugar la violencia y las motivaciones de los actores. Por ejemplo, en la televisión vimos cómo el (autodenominado) “forajido” Diego Guzmán (hoy funcionario del gobierno de Palacio) golpea con el puño el rostro de uno de los “matones pagados” que atacaron a los protestantes desde el edificio del MBS, mientras éste, sentado, asustado y con las manos esposadas en la espalda, suplica a la policía que lo proteja de los manifestantes. En este caso, por ejemplo, no me interesa calificar como “digno” o “cobarde” el comportamiento del forajido, sino explicar el contexto en donde esa acción violenta tiene un sentido y, asimismo, entender ese sentido. Una pista para ello, insisto, puede encontrarse cuando ubicamos el

tema de la violencia como producto de relaciones sociales.

De la indignación que sentía

Si partimos de ahí, saltan a la vista al menos dos posiciones *emic* respecto a la violencia. Una, aquella de los entrevistados-actores que justifican la violencia contra los diputados a través de su indignación moral; y otra, aquella de quienes no la justifican apelando a criterios humanistas. En el primer caso se hallaría Hugo, a quien cité anteriormente, pero también María, una profesional acomodada, madre de dos niños, que recuerda:

“A Dávila [diputado del PSC] yo no le pegué. Quise, pero la gente me empujó y no podía acercarme. Y era chistoso porque el Juan, mi esposo, estaba justo al frente gritando ‘no violencia’. Él era de los que se asustó con la violencia. Él creía que podía pasar algo grave. Y tal vez sí hubiese sido así, pero ese rato yo sólo quería darle un puñete. Yo le quería pegar y el Juan estaba en contra de eso. Después ya nos reíamos. Era el momento; era tenaz.

E.H.: ¿Y por qué sentiste ganas de pegarle?

Por lo que él representa. Porque él representa la impunidad. Yo cuando oigo ‘Patricio Dávila’ es como identificar... es como saber cuál es la gente que se ha beneficiado de cargos públicos y que no ha hecho nada por el país. Fíjate en la gestión de este hombre en la AGD, es de lo peor que ha habido. Entonces es eso. Es lo que él representa: un cúmulo de cosas, la impunidad, la corrupción. Para mí el Dávila no es el Dávila. Ahí yo pierdo la personificación de este individuo. El Dávila representa un sentimiento de hastío. Él es eso.”

En el segundo andarivel, aquel que condena la violencia, está Graciela, una periodista que ayudó a los diputados a esconderse:

“Le escondí a un diputado detrás de un escritorio... y les decía [a los manifestantes] ‘no están aquí, no están aquí, ya se fueron’. No te

28 “A través de cautivantes descripciones, desgarradoras fotografías y seductoras formas poéticas, los etnógrafos corren el riesgo de contribuir a una pornografía de la violencia que refuerza las percepciones negativas de los grupos subordinados a los ojos de lectores poco compasivos” (Bourgois 2002:96).

voy a decir el nombre del diputado, porque el pobre realmente estaba que se orinaba. Era una cuestión de humanidad. No le ibas a dejar que le peguen... si toditos venían justo por eso, para encontrarles. Claro, había un montón de gente que hubiera gritado 'no violencia' y se hubieran calmado, pero ¿qué tal si no?"

Al mismo argumento recurre Esperanza, una funcionaria de Ciespal que también ayudó a esconder a los diputados, y cuya meta principal ese día era "proteger el edificio, que no es sólo el lugar donde trabajas, llega a ser como tu casa":

"Algunos diputados estaban llorando. Y me dio mucha lástima. Es cierto que te pueden causar muchas iras: que corruptos, que rateros, que sinvergüenzas. Pero en ese momento son seres humanos, desprotegidos y a merced de un grupo que les quiere hacer pedazos. Yo, personalmente, no podría ponerle a un perro sarnoso a que le despellejen. No podría. Fue raro, y te lo digo sinceramente, ese rato se crea una especie de solidaridad"

Éstos últimos cuatro relatos también ilustran una parte sustancial de la fenomenología de la violencia, tal como se experimentaba en Ciespal esa tarde. Tanto aquellos que agraden como aquellos que buscan limitar la agresión, se mueven estratégicamente. La violencia, en el momento mismo de su cometimiento, es resultado de un juego tanto de disuasión como de fuerza (cf. Tilly 2003 y Auyero 2005). "Para que no rompan las puertas, les mostrábamos todas las oficinas, de una en una. 'Si ven, aquí no están, ya se fueron, ya se fueron'. Pero ni bien se iba un grupo, venían otros buscando a los diputados. Nunca íbamos a abrir las puertas donde sí estaban los diputados, pero era una forma de despistar a la gente", confiesa Fernando, un técnico de Ciespal.

Bruno, uno de los jóvenes que estaba más exaltado esa tarde, nos cuenta en cambio las estrategias de los victimarios. Junto a un grupo de "carnes", amigos que se conocen de to-

da la vida, Bruno es parte de una barra de fútbol organizada que, en esos días, tomó como suya la tarea de salir a las calles a enfrentarse a la policía y protestar contra Gutiérrez. La tarde de ese miércoles, ellos fueron de los más arriesgados y furibundos adversarios que se enfrentaron a los "matones pagados" que trajo el gobierno y que atacaban a la población desde el Ministerio de Bienestar Social. Saliendo victoriosos de ahí, Bruno y sus amigos fueron a Ciespal a "sacar a todos, que no quede ni uno".

"No íbamos a matar a nadie. Nadie puede hacer esas cosas. En el estadio nos hemos sacado la puta contra otras barras, pero nunca nada más que eso. Es como dicen, por más borracho que estés no comes caca. Para nosotros era igual, por más cabreados... no íbamos a matar a nadie. Pero de que les sacáramos la chucha, les sacáramos. Yo me acuerdo, estaba cabreado. Y eso que yo vi bala en el MBS... Alguna gente, incluso de nuestros panas, estaban más bien fresco: hueveo, a ver qué pasaba... 'no violencia, no violencia'. Otros ya sabíamos a lo que íbamos. Nos organizamos. Nada de vos haces esto, yo hago esto, ponte acá... No, como que ya sabías... con las miradas. Nos pusimos en fila india en toditas las gradas. De ley algún rato iban a pasar los diputados por ahí. Les encontraban arriba y les sacaban por donde nosotros... y listo el capote. Y para que no nos huyan nosotros también gritábamos 'no violencia, no violencia'.

E.H.: ¿Y les funcionó? ¿Le pegaron a alguien?

Ahí adentro no. Pasamos esperando a ver si caían, pero no, nada. Unos le agarraron al Dávila y le pedían la renuncia... pero ese rato no era de eso. Había que meterle un palazo. *Es lo único que te queda.* 'Sí, sí, ya les firmo. Pasen papel y les firmo'. ¡Huevadas! A ese le esperamos afuera y ahí sí... Yo le metí un quiño en la cabeza, un manotazo en la espalda... ¡Qué alivio! ¡Toma! ¿Qué chucha?" [énfasis agregado]

Transgresión, violencia creadora

La tarea de entender cómo operan las emociones en situaciones de violencia requeriría un abordaje psicosocial detenido (cf. Hernández *et al* 2001) que, como otros potenciales temas de indagación, desbordan mis fuerzas y los límites de este ensayo. Lo que sí quisiera plantear como colofón es lo que Benjamín (1921) llama “la necesidad de una crítica de la violencia”. Según este autor, habría que ubicar la reflexión sobre la violencia en el plano de las relaciones morales, es decir, en la relación de ésta con el derecho y la justicia. Tal reflexión sólo puede plantearse –dice– desde una *filosofía de la historia* que asuma una oscilación entre aquella violencia que funda y aquella que conserva el derecho. Tal filosofía se contrapone a una *concepción iusnaturalista del derecho* (y, por ende, de la violencia) ya que ésta última sólo se pregunta por el origen del derecho y las formas de conservarlo y, por tanto, es insuficiente a la hora de entender el cambio histórico. Los grandes cambios, las grandes revoluciones, se consiguen a través de procesos violentos de erradicación del antiguo régimen y de imposición de un nuevo orden. En este marco, matiza Benjamín, la violencia sólo puede ser entendida como un medio, ya que ésta no es un fin en sí misma. Benjamín distingue, más bien, entre si los medios por los cuales opera la violencia son legítimos o no. Y serán legítimos en la medida en que se ajusten a derecho. Pero el derecho, concluye, y este es su argumento, tiene a su vez su origen en la violencia. Un orden (social-legal) se funda o se conserva violentamente. La ley, en cualquier caso, es violenta, pues establece los límites de lo permisivo. La violencia (revolucionaria) que funda una nueva ley (un nuevo orden, un nuevo derecho), la violencia que Benjamín (como Bataille) llama creadora, se volverá decadente cuando comience a ejercerse para conservarse. *Fundar o conservar el orden son las funciones de la violen-*

cia, del momento del “hamacarse dialéctico” en el que nos encontremos dependerá que la violencia sea vista como legítima o no.

En el caso de la violencia producida en Ciespal, los conjuros que sobre ella se han tejido (sobre todo por algunos medios) contribuyen a crear una visión estigmatizante, y no permiten comprender (si seguimos el argumento de Benjamín) los entretelones de su legitimidad que, como hemos visto, radica en la indignación de los manifestantes hacia quienes encarnan una práctica política corrupta. Aún peor, tales conjuros invisibilizan las reales motivaciones de los violentos de ese día. Aquellos violentos de un día que se cansaron de ser violentados todos los otros días por una clase dirigente maniquea e interesada. Si retomamos la idea de Benjamín de que el papel de la violencia es fundar o conservar el orden, ¿qué tan violenta resulta la restitución del orden democrático encarnada en la posesión de Palacio? ¿O no hay violencia en la restitución de un nuevo orden que de nuevo sólo tiene otros rostros pero las mismas estructuras? Es decir, ¿no resulta violenta la restitución de un orden que, en términos políticos, no ha generado sino mecanismos de reproducción de la exclusión política o de concentración y apropiación privada y corporativa de recursos públicos, es decir, de una práctica política percibida y evaluada –por los manifestantes– como abiertamente deshonesto, cínica, impropia, injusta, en una palabra, inmoral?

Graciela, la periodista que escondió a un diputado debajo de un mueble:

“Lo que me calienta es que después de eso, como si nada. Al siguiente día, otra vez a negociar.

E.H.: ¿Y ahora, después de que pasó eso, le volverías a esconder?

No, ¡qué va! Mi pelado me decía que qué bruta, cómo le voy a proteger a ese diputa-

Edison Hurtado Arroba

do... y es cierto. Ahora otra vez anda negociando, poniendo precio a su voto, en sus andanzas. Tal vez le hubiera servido de lección. Un escarmiento para que no sea tan cínico. Él y todos los otros. ¿No ves? Después de eso se fueron otra vez a sesionar y siguen en las mismas. Ahora no sé, no creo, no sé si yo misma les buscaría para pegarles, aunque sea un coscorrón. A mí como periodista me conocen, por estar ahí cubriendo el Congreso todo el tiempo. Pero eso sí, no les volvería a proteger. Al menos que les peguen un poco, que aprendan a no ser tan sinvergüenzas”

Esperanza, la funcionaria de Ciespal que ayudó a despistar a los manifestantes:

“Yo no tuve esa sensación de bienhechito que les pegaron. Pero sí me da bronca lo que pasa ahora. El cinismo con el que actúan. La rapidez con la que se volvieron a repartir los puestos en el Tribunal Electoral, o las comisiones legislativas. Todo ese reparto que es el típico. Lo único que me queda es... ¡qué gente! No aprenden. ¿Qué más les hace falta para reaccionar? Yo supongo que te habrá pasado que, estando en un momento así super difícil, es como que te sientas a evaluar y reaccionas para ver lo que te ha pasado. Pero me sorprende que esta gente no. Que siguen en las mismas. Que no hayan procesado adecuadamente lo que les pasó o les pudo pasar acá en Ciespal”

Parece claro, entonces, que la violencia expresada en Ciespal estuvo guiada por una profunda indignación moral contra los políticos (“que se vayan todos”). Sin embargo, comprobar si *lo de Ciespal* fue una lección para los políticos (o para los manifestantes) es aún una tarea abierta. Por como se han rearticulado las fuerzas políticas luego de la crisis, me temo que no. Aún peor, me temo que la beligerancia desatada a partir de la general indignación hacia los políticos quede exorcizada, una y otra vez, por un discurso que estigmatice la protesta y aspire a que los “dóciles forajidos” protesten casi sin protestar. Y que sus frutos no sean otros que el reacomodo de las fuerzas, un simulacro democrático, como el

que vivimos en Ciespal con la posesión de Palacio. Un reacomodo que, retomando a Benjamín, resulta violento por cómo conserva el poder, por cómo reinstala el mismo juego político frente al cual protestaron los otros violentos, los que atacaron a los diputados en Ciespal. Sin embargo, como puntualiza Bourgois (2002) respecto a la bourdiana “ley de la conservación de la violencia”: si toda violencia se paga, toda violencia, también, se sufre. Nadie sale librado de la violencia. En algún momento, ésta da la vuelta, no por una moraleja, sino por el flujo de relaciones sociales que se condensan en ella. Queda abierta, por tanto, la expectativa sobre *el poder del poder* para conjurar las potencialidades políticas contenidas en la violencia expresada en Ciespal por los manifestantes. Quedan abiertas las potencialidades para que la indignación moral, hoy expresada en forma de violencia contra los políticos, encuentre en el futuro ante situaciones similares los mismos causes u otros. Está por verse. Momentos como los de Ciespal en abril de 2005 pueden repetirse, tal vez para bien. Es decir, para canalizar la indignación hacia un cambio político sustantivo, y no sólo hacia una manita de gato-pardo.

Agradecimientos

Mi sincero agradecimiento a quienes dieron su tiempo para ser entrevistados: periodistas, estudiantes, empresarios, militantes de distintas organizaciones sociales y políticas, funcionarios de Ciespal, entre otros. Un especial reconocimiento merecen Edgar Jaramillo, director de Ciespal, Mauro Cerbino y Grace Benalcazar quienes gentilmente me permitieron usar valioso material de primera mano. Sofía Argüello, Eduardo Kingman, Felipe Burbano, Franklin Ramírez y Carlos de la Torre leyeron, comentaron y aportaron con críticas y sugerencias a la versión (por ahora) final del artículo. Mi gratitud hacia ellos/ella.

Anexo: **Lo que dijo el coronel Samaniego en Ciespal**

Caía la noche. El coronel Samaniego no llegó solo. Junto a él llegó un grupo de militares que se ubicaron en la entrada principal de Ciespal y la bloquearon. También llegaron con él, un grupo de jóvenes a quienes no he identificado; sospecho que son un grupo organizado no partidista, tal vez con ideas nuevas sobre cómo organizar el país, a quienes llamaré “*acólitos*”. Samaniego se abre paso entre la multitud, los que luego serán su “*audiencia*” (así denominaré a quienes escuchan el mensaje -y gritan a veces a favor y otras en contra- en el hall). Cruza el pasillo de entrada al edificio. Sube unas gradas; trata de ubicarse en un hall interno, a desnivel, que lleva al ala este del edificio: es una especie de balcón improvisado. El video muestra a dos personas que, sin uniforme pero vestidas con prendas militares, no se separan de él. Se pegan a su espalda todo el tiempo y luego, cuando habla a la audiencia, le susurrarán ideas al oído (“*susurros*”). Mucha gente mira con extrañeza la llegada de un militar al recinto. Algunas personas muestran rostros de asombro o repugnancia. Mientras Samaniego sube las gradas para ubicarse de forma visible, los *acólitos* le abren paso y gritan varias veces: “Gobierno popular, gobierno popular”. Cuando se encuentra en la parte superior, frente a la “*audiencia*”, un joven -que evidentemente no es de los “*acólitos*”- se acerca y le dice: “Debemos apoyar al presidente. Hay que apoyar a Palacio”. Samaniego no se inmuta. Uno de sus dos acompañantes le responde al joven: “¡Qué chucha! Palacio también fuera. Nada que ver. Todos fuera”. El periodista de Ciespal (cuya cámara ha filmado todo el ingreso de Samaniego) le pregunta: “¿A

qué se debe su presencia aquí?”. Samaniego no responde. Hace *mutis*. Segundos después se sitúa frente a la audiencia:

Servio Samaniego (S.S.): Pueblo del Ecuador. Pueblo de Quito... ¡Viva el Ecuador!

Audiencia: ¡Viva!

S.S.: Yo vengo a título personal. Soy el coronel Servio Samaniego. Vengo a apoyar la moción, porque en este momento el país está sin dirección política. Hay un presidente que no lo quieren reconocer. No hay un vicepresidente. No hay una Corte de Justicia. Por tal razón, yo les pido a ustedes conciudadanos que mediten, que si ustedes pidieron un gobierno popular, que tengan un gobierno popular.

Acólitos: ¡Fuera todos! ¡Asamblea popular! ¡Gobierno popular! ¡Gobierno popular!

Audiencia: ¡Gobierno popular! ¡Gobierno popular! [*La gente grita por contagio*]

Susurros: Yo no quiero nada. Yo no quiero nada...

S.S.: Yo en lo personal no quiero nada en absoluto. Yo lo que quiero es que mi país se reconstruya y se mantenga en paz. Que vivan en paz...

Susurros: Para eso...

S.S.: Para eso tiene que disolverse el Congreso Nacional...

Susurros: Junta popular...

S.S.: Formar un gobierno de transición, una junta cívica, para que pueda llamar lo más próximo a elecciones

Audiencia: ¡No! ¡No militares!

S.S.: O una asamblea constituyente

Audiencia: ¡No dictadura!

S.S.: No, no dictadura de ninguna naturaleza.

Audiencia: ¡Dictadura no! ¡Dictadura no!
¡Dictadura no!

S.S.: Dictadura no.

[*Silencio-pausa: Samaniego pierde el control de la audiencia*]

S.S.: Señores: que se vayan todos como ustedes lo han pedido. Que se vayan todos.

Audiencia: ¡No dictadura!

S.S.: No dictadura. Por eso quiero invocarles y pedirles a los señores generales que asuman el reto histórico que la patria les ha puesto

[*El ruido es ensordecedor. La audiencia grita, murmura, habla en voz alta*]

Acólitos: ¡Escuchen! ¡Escuchen!

Audiencia: ¡No dictadura! ¡No dictadura!
¡No dictadura!

Acólitos: ¡Escuchen! ¡Escuchen!

S.S.: Una asamblea constituyente donde no participen los partidos políticos, donde las clases sociales y las bases sociales tengan su participación. Que se vayan todos. En este momento estoy entregando mi uniforme al pueblo ecuatoriano, para que el mando disponga

Audiencia: ¡No militares!

S.S.: No militares.

Uno de los acólitos: ¡Ya! No militares. No. No. No estamos, no estamos...

S.S.: Integrarse y formar una constituyente, un gran frente, que les permita conseguir al final lo que ustedes, lo que durante todos estos días han venido luchando y buscando.

Acólitos: ¡Junta popular! ¡Asamblea popular! ¡Gobierno popular! ¡Gobierno popular!

S.S.: El señor doctor Palacio...

Audiencia: ¡Ni Borja ni León! ¡Ni Borja ni León! [*La audiencia muestra su desengaño*]

Susurros: No queremos políticos, no políticos...

S.S.: No queremos la clase política

Acólitos: ¡Eso! ¡Bien!

Audiencia: ¡Ni Borja ni León!

Audiencia: ¡Militares no! ¡Militares no!

Toma la palabra un joven de unos veinte y ocho años que parece pertenecer al grupo de acólitos: Compañeros, compañeros...

Acólitos: ¡Silencio! ¡Silencio! ¡Aprendan a oír!

El joven: Logramos sacar a Lucio Gutiérrez. Este proceso quiere refundar el país y tiene que encontrar un cause. ¿Cuál es el cause que queremos proponer?

Audiencia: ¡Ninguno! [*La audiencia deslegítima, con este grito, al joven*]

El joven: ¿Que es lo que plantea el pueblo de Quito?

Audiencia: ¡Nada! [*idem*]

El joven: El pueblo de Quito está planteando en primer lugar que se cese al Congreso Nacional, al igual que al mando medio de los militares... ¡Compañeros! ¡Compañeros! [*El joven pierde el control de la audiencia*]

Retoma la palabra Servio Samaniego: Será un gobierno transitorio que ustedes lo pongan. Que participe la ciudadanía, que no haya participación política de nadie porque han de querer seguir mangleando. El señor doctor Palacio ha sido nombrado sucesor como dicta la constitución, pero el pueblo no lo quiere, tiene que irse.

Audiencia: Sí lo quiere [*Esta vez, una voz deslegítima a Samaniego*]

S.S.: Tiene que irse el Congreso, y tienen que dar paso a que se conforme una asamblea o se conforme un gobierno provisional con la participación de todo el pueblo. Muchas gracias ¡Que viva el Ecuador!

Acólitos: ¡Gobierno popular! ¡Gobierno popular!



Bibliografía

- Aguiló, Ignacio, 2004, “El proceso de producción de sentido en televisión. Estudio de la codificación y decodificación de textos televisivos sobre piqueteros”, disponible en <http://www.nombrefalso.com.ar> (consultado en junio 2005).
- Auyero, Javier, 2005, “The Dynamics of Collective Violence: Dissecting Food Riots in Contemporary Argentina” (con Timothy Moran), inédito, disponible en <http://www.sunysb.edu/sociol/faculty/Auyero/auyero.html>, 33 págs.
- , 2004, *Vidas beligerantes. Dos mujeres argentinas, dos protestas y la búsqueda de reconocimiento*, Universidad de Quilmes, Buenos Aires.
- , 2000, “El juez, la reina y el policía. Etnografía, narrativa y los sentidos de la protesta”, en *Apuntes de Investigación del CECYP* No. 6, Buenos Aires, pp. 46-76.
- Bataille, Georges, 2002, “La transgresión”, en *El Erotismo*, Tusquets, Barcelona, pp. 67-75.
- Benjamín, Walter, 1921, “Para una crítica de la violencia”, en *Philosophia*, Escuela de Filosofía, Universidad ARCIS, edición digital, disponible en www.cholonautas.edu.pe, 18 páginas.
- Bourdieu, Pierre, 1997, *Meditaciones pascalianas*, Anagrama, Barcelona.
- , 1996, *Sobre la televisión*, Anagrama, Barcelona.
- Bourgois, Philippe, 2002, “El poder de la violencia en la guerra y en la paz. Lecciones pos-Guerra Fría de El Salvador”, en *Apuntes de Investigación del CECYP* No. 8, Buenos Aires, pp. 73-98.
- Butler, Judith, 2003, “Violencia, luto y política”, en *Iconos. Revista de Ciencias Sociales*

- No. 17, Flacso-Ecuador, Quito, pp. 82-99.
- Cerbino, Mauro, 2005, "Maniqueísmo y personalización en el cubrimiento periodístico de acontecimientos violentos: el 'caso Fybeca' en el Diario El Universo de Guayaquil", en Mauro Cerbino, editor, *Violencia en los medios de comunicación, generación noticiosa y percepción ciudadana*, Flacso-Ecuador, Quito, pp. 101-128.
- Farinetti, Marina, 2002, "Violencia y risa contra la política en el Santiagueñazo", en *Apuntes de Investigación del CECYP* No. 6, Buenos Aires, pp.77-126.
- Geertz, Clifford, 1997 [1973], *La interpretación de las culturas*, Gedisa, Barcelona.
- Goffman, Irving, 2003 [1963], *Estigma. La identidad deteriorada*, Amorrortu, Buenos Aires-Madrid.
- Hall, Stuart, 1980, "Codificar y decodificar", en *Cultura, media y lenguaje*, Hutchinson, Londres, pp. 129-139, versión on line, disponible en <http://www.nombrefalso.com.ar> (consultado en junio 2005).
- Hernández, Antonio, Maribel Molina, Genoveva Pérez, Angustias Estrella, Pilar Gálvez, Irene Ortega, 2001, "La violencia en el fútbol: una reseña bibliográfica", en *Revista Digital*, Año 6, No. 29, Buenos Aires, <http://www.efdeportes.com>
- León, Ninfa, 1994, "Medios de comunicación y violencia en el caso ecuatoriano", en J. Echeverría y A. Menéndez-Carrión, editores, *Violencia en la Región Andina. El caso de Ecuador*, Flacso-Ecuador, Quito, pp. 194-212.
- López Maya, Margarita, 2002, *Protesta y cultura en Venezuela: los marcos de acción colectiva en 1999*, CLACSO, Buenos Aires.
- Polletta, Francesca, 1998, "Contending Stories: Narrative in Social Movements", en *Qualitative Sociology* Vol.21, No.4, Human Sciences Press, pp. 419-446.
- Ramírez, Franklin, 2005, *La insurrección de abril no fue solo una fiesta*, Taller El Colectivo, Abya-Yala, Ciudad, Terranova, Feuce-Q, Quito.
- Rodgers, Dennis, 2001, "Haciendo del peligro una vocación: la antropología, la violencia, y los dilemas de la observación participante", en *Revista Española de Investigación Criminológica* (AC-03-04), 24 págs., www.criminologia.net
- Sáez, Chiara, 2005, "Seguridad ciudadana y conflictos sociales. Cobertura y tratamiento en la TV", en Mauro Cerbino, editor, *Violencia en los medios de comunicación, generación noticiosa y percepción ciudadana*, Flacso-Ecuador, Quito, pp. 21-49.
- Scheper-Hughes, Nancy, 1992, *Death without weeping. The violence of everyday life in Brazil*, University of California Press, Berkeley.
- Thompson, E.P., 1995, "La economía moral de la multitud en la Inglaterra del siglo XVIII", en *Costumbres en común*, Crítica, Barcelona.
- Tilly, Charles, 2003, *The Politics of Collective Violence*, Cambridge University Press, Cambridge, USA.
- , 2004, *Desigualdades persistentes*, Manantial, Argentina.
- Webber, Ruth, J. Bessant y R. Watts, 2003, "Violent acts: why do they do it?", en *Australian Social Work* Vol. 56, No. 3, pp. 247-257.